

## Capítulo XI

### MANUEL GUTIÉRREZ MELLADO, BASTANTE MÁS QUE UN SOLDADO

(Por Javier Calderón Fernández)

#### Razón de ser de esta semblanza

La relectura de varios libros a la que me ha obligado la puesta al día de los hechos vividos en los años setenta, en particular sobre la reforma militar en la Transición española y su inspirador, el general Gutiérrez Mellado, textos en los que he visto juicios tan alejados de la realidad que conocí, me han animado a escribir esta semblanza de un militar que, como ya he manifestado por escrito:<sup>1</sup> «Aunque sólo fuera porque en su persona se han reconocido el pueblo y los ejércitos de España [...] tiene un puesto en la historia.»

Entre los libros consultados, dos de ellos, a mi juicio, reflejan con mayor fidelidad la personalidad humana, militar y política del general. El primero, la biografía escrita por el militar e historiador Fernando Puell de la Villa; el otro, cuyo autor es el ensayista y ex presidente de Asturias, Pedro de Silva, tiene por título *Las fuerzas del cambio*.

Fernando Puell ha escrito la que me atrevo a calificar como definitiva biografía del general. La numerosa documentación consultada, entre ella el propio archivo personal del biografiado, y la amplia panoplia de personas entrevistadas, que conocieron al general, le han permitido traer a la consideración de los lectores un retrato veraz de aquél a quien el autor define como «un militar del siglo XX», quizás

---

<sup>1</sup> *Revista Española de Defensa*, n° 95, enero de 1996.

para diferenciarlo de otros modelos más decimonónicos de militares contemporáneos que representaban muchos de sus oponentes.

Sin embargo, la objetividad de auténtico historiador del coronel Puell de la Villa ha pretendido que su obra no resultara una hagiografía del general y ha incluido referencias de terceras personas con juicios adversos a él, cuya veracidad no constata fehacientemente y deja al arbitrio del lector el juicio definitivo. Son estos pequeños reparos a una biografía difícil de superar.

Para aquellos españoles que no le conocieron, la mejor recomendación que puede hacerseles es que lean este libro. Aunque Gutiérrez Mellado murió sin escribir sus memorias, sí dejó constancia de su pensamiento y de su ejecutoria pública al servicio de los españoles y de las Fuerzas Armadas en multitud de entrevistas que se le hicieron y en dos libros, uno de ellos de conversaciones con el periodista Jesús Picatoste, y otro con una recopilación de sus discursos, informes y escritos, publicado por Europea de Ediciones S. A.

La lectura de esta bibliografía permitirá al lector hacerse un juicio personal sobre un militar que fue algo más, con ser mucho, que el que se enfrentó a Tejero en la triste noche del 23 de febrero de 1981. Gutiérrez Mellado fue el inspirador de la modernización de las Fuerzas Armadas, y una persona a la que tuve la fortuna de conocer y tratar durante muchos años.

Debo añadir además que mi conocimiento del general está fundamentado en una estrecha relación durante más de veinte años, ajena a cualquier dependencia jerárquica directa en el ámbito profesional —que nunca se produjo— pero que no ha sido óbice para que en varios libros se refieran a mi persona como «vinculado al general Gutiérrez Mellado», «persona de confianza», etcétera. Bueno será que explique —aunque sea brevemente— los motivos de estos calificativos que, por otra parte, me llenan de legítimo orgullo.

Conocí por primera vez al entonces coronel Gutiérrez Mellado en las maniobras Almenara o Navaja (no recuerdo exactamente en cuál de ellas) de las unidades de la primera región militar, que tuvieron lugar en 1967-1968. Él mandaba uno de los bandos (curiosa-



**Los protagonistas de las «semblanzas» de este libro con el presidente Suárez en una imagen que refleja no sólo la sólida lealtad política, sino también la amistad personal que les unía. (Archivo Histórico de *Diario 16*.)**



**Rodríguez Sahagún llevó su compromiso político con el presidente Suárez hasta sus últimas consecuencias, no sólo en el seno del Gobierno, compartiendo los malos momentos y la soledad del presidente, sino posteriormente en el partido Centro Democrático y Social, creado por éste tras su salida del Gobierno. (Archivo Histórico de *Diario 16*.)**



Sólo dos años desempeñó el cargo de alcalde de Madrid Rodríguez Sahagún, pero su dinamismo fue tal que se le recuerda como uno de los regidores que más huella de eficacia han mostrado en su ejercicio.  
(Archivo del autor.)



El ministro de Defensa Rodríguez Sahagún preside en el CESEDEN un acto académico acompañado por el teniente general del Aire, Emiliano Alfaro, y por el director del centro, el general Arozarena.  
(Archivo Histórico de *Diario 16*.)



Ya como ex ministro, Rodríguez Sahagún asiste en 1987 a la imposición de la faja de general a uno de los autores, Javier Calderón, en el Estado Mayor del Ejército, presidida por el teniente general Íñiguez del Moral. En la foto también el teniente general Luis Lobo García, de quien se hace referencia al tratar los servicios de información del A.E.M. (Archivo del autor.)

El general Gutiérrez Mellado en el acto de su jura como vicepresidente del Gobierno. Fue el hombre oportuno en el momento preciso para que la Transición política pudiera tener el beneplácito militar. (Archivo del autor.)





El general Gutiérrez Mellado bailando sardanas en la localidad catalana de Cadaqués (1981), en la que veraneó durante algunos años. En todo momento manifestaba su afecto por el pueblo catalán. (Archivo del autor.)

Reunión de trabajo en la Fundación de Ayuda contra la Drogadicción, presidida por S.M. la reina D<sup>a</sup> Sofía. A la derecha de la foto, el teniente general Gutiérrez Mellado, presidente de la fundación, Eduardo Serra, director general, y Javier Calderón, patrono de la misma (1986). (Archivo del autor.)





Señor delgadito vestido de paisano, a quien los ingeniosos frenéticos de la nostalgia llaman displicentemente «el Guti», que ha sido, mire usted qué casualidad, el brillantísimo defensor del honor del Ejército, de la dignidad de España y de la libertad de los españoles (incluida la de quienes pueden seguir llamándole «el Guti», y allá ellos).

Señor delgadito vestido de paisano, a quien los ingeniosos frenéticos de la nostalgia llaman displicentemente «el Guti», que ha sido, mire usted qué casualidad, el brillantísimo defensor del honor del Ejército, de la dignidad de España y de la libertad de los españoles (incluida la de quienes pueden seguir llamándole «el Guti», y allá ellos).

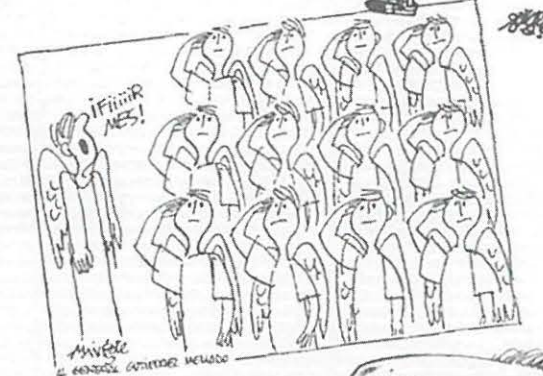
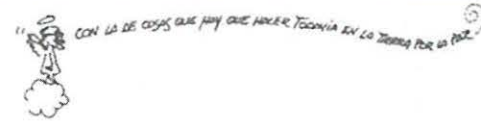


El genial humorista y militar Antonio Mingote reflejó en su habitual viñeta en *ABC* el mejor editorial sobre la actuación del general Gutiérrez Mellado el 23-F. A él se adhirió otro gran humorista, Forges, en *El País*, en un doble homenaje al general y a su veterano colega.



El teniente general Gutiérrez Mellado recibe una placa conmemorativa del homenaje que le rindió la Academia General Militar en 1994, de manos de su director, el general Mariano Alonso Baquer, en presencia de Javier Calderón.  
(Archivo del autor.)

Composición con algunos de los homenajes que humoristas gráficos rindieron al teniente general Gutiérrez Mellado con motivo de su muerte, que realizó el personal de la Fundación de Ayuda contra la Drogadicción. (Archivo del autor.)





**El teniente general Gutiérrez Mellado recibió tras su fallecimiento distinciones y reconocimientos que se le regatearon en vida. En la fotografía, Álvarez del Manzano entrega a su viuda, Carmen Blasco, la medalla de oro de Madrid, concedida por el Ayuntamiento, en 1996. No fue la única. (Archivo del autor.)**

mente el «rojo», una premonición), mientras que yo formaba parte del nutrido grupo de árbitros de este ejercicio de doble acción.

Fue un contacto breve, en una reunión colectiva, en el transcurso de la cual Gutiérrez Mellado, como jefe del bando que teníamos que arbitrar, nos ponía en antecedentes de lo que en jerga militar denominamos su idea de maniobra; es decir, cómo había decidido cumplir la misión encomendada por la superioridad.

La exposición que el entonces coronel nos hizo de sus propósitos fue clara, precisa y sencilla, en contraste con el farragoso procedimiento para la toma de decisiones que se nos había inculcado en la Escuela de Estado Mayor. De hecho, nos impresionó a todos sus oyentes, y a mí, recuerdo, me hizo comentar con el compañero que tenía al lado: «Este coronel tiene la cabeza muy bien amueblada.» Pero no fue sólo una exposición teórica brillante, sino una realización práctica sobresaliente que dio por resultado la derrota del bando azul oponente, lo que mereció, como cuenta Fernando Puell de la Villa<sup>2</sup>, una felicitación del presidente de la junta calificadora en estos términos: «Jefe muy brillante, que constantemente se distingue por su inteligencia, eficacia y competencia profesional, considerándole un coronel de extraordinarias virtudes.» Lo firmaba Carlos Iniesta Cano, uno de sus oponentes más virulentos años más tarde... Así se escribe la historia.

Esta favorable impresión no fue únicamente mía. El entonces comandante Íñiguez del Moral, que años después fuera miembro del gabinete de Gutiérrez Mellado cuando era éste vicepresidente del Gobierno, y posteriormente general jefe del Estado Mayor del ejército, formaba parte también del grupo de árbitros. Tal como él mismo relató en la presentación de la biografía del capitán general escrita por Fernando Puell, quedó tan impresionado que en su cuaderno de notas escribió: «... en este ejercicio táctico ha demostrado como jefe de operaciones una competencia profesional y unas dotes de mando muy por encima de lo normal, asumiendo y resolviendo situaciones

<sup>2</sup> *Gutiérrez Mellado. Un militar del siglo XX (1912-1995)*, Fernando Puell de la Villa, Biblioteca Nueva, Madrid, 1997, p. 155.



imprevistas con inteligencia y rapidez de reflejos puestos de manifiesto en las acertadas decisiones que tomó».

Sobre este juicio volveremos a referirnos a lo largo de estas páginas, porque resume acertadamente uno de los rasgos más característicos de la personalidad humana y militar del general.

Habrían de pasar tres años para volver a encontrarme con el ya general de brigada Gutiérrez Mellado. Recién destinado a la I División del Alto Estado Mayor, manifestó a su Estado Mayor el deseo de que le eligieran un oficial operativo (no destinado en puesto de Estado Mayor) con el que charlar periódicamente para conocer así lo que pensaba la oficialidad de la que él, por edad y jerarquía, se sentía distanciado. Yo mandaba por aquel entonces la Compañía de Operaciones Especiales nº 11, en Madrid, y el comandante González Gullón, que estaba destinado en la I División del AEM, dio mi nombre y me llamó para decirme si quería comer con el general en la Gran Peña de donde era socio. Invitación que acepté preguntándome qué querría de mí un general que desde hacía tres años no había vuelto a ver.

De esta primera comida en la primavera de 1971, hasta su muerte, fueron muchos los encuentros, los almuerzos y los trabajos en común en sus últimos años, que fundamentaron un gran afecto mutuo y, por mi parte, una devoción a su persona que no oculto y que procuraré que no afecte en demasía a esta semblanza.

Durante nuestros encuentros en estos casi veinticinco años, hemos hablado de todo: de nuestra profesión y sus problemas, como es lógico, pero también de nuestra sociedad, de política, de cine, de teatro y de literatura, de la droga, etcétera. Su curiosidad por saber, sobre todo por conocer lo que la juventud pensaba y quería, era desbordante. He sido, lógicamente, depositario de bastantes de sus confidencias, de sus preocupaciones y, tras su muerte, de algunos de sus papeles para que los destruyera o devolviera a su familia.

Todo ello me ha permitido tener un grado de conocimiento sobre el teniente general Gutiérrez Mellado que tiene la virtud, sobre otros testimonios, de ser vivencial. No son referencias documentales o de terceros, sino directas, y no momentáneas, sino duraderas, en

una época que abarca todo el período de antes, durante y después de la Transición política en nuestro país y del inicio de la reforma de las Fuerzas Armadas.

### **Algunos rasgos sobresalientes de la personalidad de un soldado**

El 22 de noviembre de 1994, poco más de un año antes de su inesperado fallecimiento, el capitán general Gutiérrez Mellado recibió una de las mayores satisfacciones profesionales (la mayor según confesó él mismo) de su vida. Ese día la Academia General Militar, en la que ingresó en 1928, le rindió un homenaje con motivo de la inauguración de la Cátedra Miguel de Cervantes de las Armas y las Letras, en la que impartió la conferencia inaugural. (Véase Anexo 14.)

El militar integral, al que un año antes el Consejo Superior del Ejército había propuesto al Gobierno se le concediera con carácter honorífico el empleo de capitán general, ascenso concedido sin demora por el ejecutivo, volvía al centro militar donde, según su propia confesión, había recibido las pautas de conducta que le guiaron en su vida profesional, arropado por el calor entusiasta y el afecto de los cientos de caballeros cadetes, del profesorado en pleno y de muchos subordinados que le habían acompañado en sus últimas responsabilidades. También estuvo junto a él una nutrida representación del Consejo de Estado presidida por su presidente, Fernando Ledesma, de la FAD y su familia en pleno.

El beso que volvió a depositar en la misma bandera ante la que juró servir a España hasta la última gota de su sangre, sesenta y seis años antes, fue para él el mayor lenitivo de tantos ataques e incomprendimientos recibidos del entorno militar. Desde ese día el Museo de la Academia guarda la faja de Estado Mayor del general Gutiérrez Mellado como recuerdo de un ex alumno que supo honrar con su conducta profesional las enseñanzas recibidas en la misma.

Su lección inaugural a los alumnos coincidió en muchos de sus contenidos con la que iba a dictar a los universitarios catalanes el 15

de diciembre de 1995, y que Fernando Puell de la Villa ha rescatado para los interesados en conocerla en su libro biográfico. El aplauso cerrado con el que el auditorio premió la lección fue el de mayor duración e intensidad que se haya dado en la cátedra.

Tuve el honor como amigo, como mando de personal y como antiguo director de la Academia de presentar al general y, brevemente (no era cuestión de restar tiempo a la persona a la que todos querían escuchar), enumerar algunos rasgos, para mí sobresalientes, de su personalidad.

En aquella ocasión comencé por mencionar el *valor* como rasgo a resaltar. Años atrás la prensa ultra se había hecho eco de la carta del teniente general Miláns del Bosch poniendo en entredicho este rasgo por no haber participado Gutiérrez Mellado en la Guerra Civil en el frente de batalla. Aireada por los medios involutivos, la burda redacción sólo contribuyó a deslegitimar la capacidad intelectual y profesional de su autor. Recuerdo que ante los asistentes manifesté: «El general Gutiérrez Mellado no sólo en la conocida reacción en la fecha del 23 de febrero, sino por el valor que durante tres años (de 1936 a 1939) demostró —día a día— en su delicada labor en la clandestinidad, proporcionando información militar y salvando vidas con riesgo de la propia, acciones reiteradas que fueron reconocidas con la concesión de la Cruz de Guerra por méritos extraordinarios y con la propuesta de la Medalla Militar Individual.»

Más que el valor físico en la acción bélica, es de apreciar el valor moral para hacer frente a las responsabilidades, para llevar adelante las ideas y principios, por impopulares que sean, o para superar las campañas de desprestigio que se organizaron contra él. De este valor moral dio pruebas fehacientes en su vida profesional y pública el general, no sólo con actos e iniciativas que iban contracorriente de la ideología militar presente, como fue el hecho, recién nombrado comandante militar de Ceuta, de visitar al comandante Busquets, arrestado en el castillo de El Acho; o la defensa y rehabilitación de la figura del general Manuel Díez Alegría, nada más llegar a la jefatura del Estado Mayor del Ejército.

Este mismo rasgo de valentía, o de carácter simplemente, lo de-

mostraba en todos aquellos momentos en los que su responsabilidad le motivaba, fueran quienes fueran sus interlocutores. Como fue la enérgica llamada a la solidaridad con el presidente Suárez que dirigió a los ministros, cuando la soledad y el abandono a aquél empezaban a ser perceptibles; así como cuando exigía dedicación a la lucha contra la droga a los empresarios que, con su generosa contribución, habían hecho posible la iniciativa; o para exigir disciplina a unos exaltados militares en el funeral de unas víctimas del terrorismo.

Pretender descalificar al general Gutiérrez Mellado en esta virtud tan valorada en el ámbito castrense es desconocer su personalidad y, mucho más grave para cualquier militar, despreciar el riesgo que los integrantes de los servicios de información soportan, minuto a minuto, en zona enemiga (la muerte, en el año 2003, de ocho miembros del CNI en Iraq es la dolorosa evidencia del valor que comporta su actividad) y subestimar la importancia que su labor tiene en el éxito de las operaciones militares. A este respecto, el teniente general Ángel Lobo relata una confidencia recibida de Gutiérrez Mellado y que también recoge la biografía que sobre él escribió Puell de la Villa: «En una ocasión me comentó que durante la Guerra Civil del 36 tenía un cabo mecanógrafo infiltrado en el Estado Mayor de Vicente Rojo, que de los planes y órdenes de las operaciones hacía una copia más de las previstas. Y así, por ejemplo, Franco tuvo una copia detallada de una operación del bando contrario en Brunete cuarenta y ocho horas antes de que se iniciara.»

Otro de sus rasgos que quise subrayar fue el de su *patriotismo*, que no dudé en calificar de *integrador*. «Su experiencia vital —dije— en la última de nuestras guerras civiles le permitió conocer la profundidad de la división que en el cuerpo social produce un enfrentamiento civil de las características sangrientas del vivido entre 1936 y 1939; y la secuela de odio, frustración y desconfianza que genera durante años.» Por ello su obsesión y el móvil de su trayectoria humana, en la profesión y fuera de ella, la reflejaba en una frase que le escuchaba repetir en muchas de nuestras conversaciones: «Que no vuelvan a enfrentarse entre sí los españoles.» Y a este empeño Gutiérrez Mellado

dedicó durante muchos años sus mejores afanes y su sacrificada e incomprensida, para algunos sectores militares, dedicación a las tareas políticas.

Complementario de este rasgo era su acusado sentido de la «dignidad nacional y de la soberanía del Estado», y de ello pueden dar fe los diplomáticos y militares que formaban parte de su equipo en la delegación española que negoció la renovación de los Pactos de Mutua Ayuda con Estados Unidos en 1975, por su titánica lucha para hacer ver a sus interlocutores que la soberanía nacional obligaba a que unos pactos de colaboración entre estados soberanos no posibilitaran, por muy gran potencia que uno de ellos fuera, la imposición del fuerte sobre el débil.

En esto no hizo sino seguir la postura de su mentor y amigo el teniente general Díez Alegría que, en negociaciones anteriores, rompió con la norma de la aceptación incondicional a la que, de una forma u otra, las circunstancias políticas españolas de aislamiento internacional nos obligaban.

Con motivo de su fallecimiento los medios de comunicación vertieron multitud de testimonios de políticos, militares y periodistas sobre la personalidad de la figura desaparecida tan inopinadamente. Las alabanzas fueron unánimes, como el consenso sobre el importante y decisivo papel desempeñado por Gutiérrez Mellado en los momentos en los que más en peligro estuvo la Transición.

En estos testimonios, que se conservan en las hemerotecas, sus autores se refieren al general resaltando algún rasgo de su sobresaliente personalidad, pero no me referiré a los que firman personas como Adolfo Suárez, Fernando Ledesma, Francisco Ayala, Alberto Oliart, Francisco Umbral y Manuel Vicent, sino al artículo de la periodista Consuelo Sánchez Vicente y que publicó *La Vanguardia* el 19 de diciembre de 1995. Lo titulaba «Un hombre, una tarea», y comenzaba diciendo: «Todos los adioses a Gutiérrez Mellado empezaron igual: “Era un hombre...”, decían. Y añadían: de bien, cabal, leal, valiente, sincero, serio, digno... Suárez, Felipe, Aznar, Fraga, Pujol, Carrillo, Anguita: cada cual eligió un adjetivo.» Y líneas más adelante añadía: «Un pedazo de ser humano, un referente ético y moral en lo militar y en lo político.»

Creo que en su artículo la periodista pone en boca de un numeroso grupo de políticos de todo el arco parlamentario una síntesis de todos los rasgos que determinaban la personalidad de Gutiérrez Mellado, si bien los puntos suspensivos con los que cierra el párrafo ocultan otros como la modestia, la sencillez, la austeridad y la curiosidad por saber y comprender, de los que puedo dar testimonio y que comparten todos aquellos que formaron parte de las unidades u organismos que mandó en su vida.

Gutiérrez Mellado reiteró en varias entrevistas que «sólo quiero que me recuerden como un soldado y punto»<sup>3</sup>. Un deseo de que se le recordara, en el futuro, como un militar que sólo cumplió con su deber, pero fue algo más, con ser ya mucho, y ello lo supo interpretar mejor que nadie otro militar y genial humorista, Mingote, cuando en su habitual chiste en *ABC*<sup>4</sup>, bajo una caricatura del general sentado en el banco azul del Congreso, fumando, escribía tras el 23-F: «Señor delgadito vestido de paisano, a quien los ingeniosos frenéticos de la nostalgia llaman displicentemente “el Guti”, que ha sido, mire usted qué casualidad, el brillantísimo defensor del honor del Ejército, de la dignidad de España y de la libertad de los españoles (incluida la de quienes pueden seguir llamándole el *Guti*, y allá ellos).»

### Gutiérrez Mellado y los militares

Pocos militares han suscitado la expectación y la esperanza tanto de la sociedad civil como entre sus compañeros de armas del modo en que lo hizo Gutiérrez Mellado cuando accedió a la jefatura del Estado Mayor Central. Aunque sus manifestaciones públicas habían sido casi inexistentes hasta ese momento, su identidad con Manuel Díez Alegría y algunas conferencias en el CESEDEN habían llamado la atención de aquellos españoles que, preocupados por una salida democrática para el régimen del general Franco, auscultaban el esta-

<sup>3</sup> Antonio Casado en *Tiempo*, 25 de diciembre de 1995, p. 38.

<sup>4</sup> Antonio Mingote en *ABC*, 27 de febrero de 1981.

mento militar, principalmente entre los generales, conscientes del papel que tendrían que desempeñar las Fuerzas Armadas.

Sin embargo, en el mundo militar las expectativas, muy favorables, que levantaba el nombre del general Gutiérrez Mellado se debían al boca a boca de aquellos que, o bien habían estado a sus órdenes directas en el EMC, en el Regimiento Artillería 13, en el AEM, o habían escuchado sus planteamientos militares en las conferencias del CESEDEN, coincidentes con lo que pensaba la inmensa mayoría de los cuadros de mando. Y esto lo admiten hasta las personas muy alejadas de la mentalidad y propósitos que caracterizaban a Gutiérrez Mellado, como el coronel San Martín en la breve semblanza que del general incluye en su libro *Servicio especial*, en el que afirma textualmente: «Tenía una capacidad intelectual extraordinaria y era de conducta humana ejemplar. [...] Tenía un gran prestigio. El Guti era querido y respetado en la colectividad militar.» Destacamos este texto, ya que se ha llegado a afirmar en libros inspirados en ambientes ultras justo lo contrario. Curiosamente, en la misma semblanza, el coronel San Martín marca diferencias con la política militar del general, remitiéndola «al juicio de la historia», suponiendo que éste le sería adverso. No ha sido tal, sino todo lo contrario.

Su alocución a los cuadros de mandos con motivo de la toma de posesión del mando de la Capitanía General de la séptima región militar, con sede en Valladolid, en la que subrayó públicamente la supeditación del estamento militar al poder civil del Gobierno, causó una favorable impresión en la opinión pública: «Que no olvidemos nunca que el ejército, por muy sagradas que sean sus misiones, está no para mandar, sino para servir, y que este servicio, *siempre a las órdenes del Gobierno de la nación*, es exclusivo para España y para nuestro Rey.» Esta frase, pronunciada el 30 de abril de 1976, tuvo la contrapartida de alertar en su contra a los que dentro de las FAS y fuera de ellas consideraban a éstas como instrumento para garantizar su proyecto inmovilista.

Pocos meses después, y ya nombrado jefe del EMC del ejército, redacta el primero de los tres informes generales del Ejército de Tierra dirigidos a los generales, jefes, oficiales y suboficiales en los que

explica sus propósitos como nuevo jefe del EMC. En estos textos pide que el informe sea debatido en «un amplio coloquio dirigido por el jefe de la unidad, que permita aclarar cualquier concepto de los que se traten y al mismo tiempo conocer las reacciones, comentarios y observaciones *e incluso críticas* [el subrayado es nuestro] siempre que sean constructivas, que puedan formular cualquiera de los asistentes a las reuniones citadas».

El impacto que produjo en las unidades del ejército este primer informe fue enorme y me atrevo a decir que favorablemente acogido, por lo novedoso del método elegido de dirigirse a la totalidad de sus subordinados, sin intermediarios jerárquicos, que no siempre trasladaban exactamente ni sus propósitos ni sus palabras. También causó sensación por el lenguaje directo y sin retórica alguna con el que abordaba los distintos asuntos que el informe trataba. Fue un procedimiento que, por su fondo y forma, se apartaba de las rutinarias comunicaciones, verbales y escritas, con las que el mando militar se relacionaba ordinariamente con sus subordinados. Sin embargo, sus opositores quisieron deslegitimar este procedimiento tachándolo de asambleario.

En este informe no dudó en expresar su opinión en temas conflictivos de los que sabía perturbaban la armonía de los cuadros de mando, como la actividad y planteamientos políticos de los militares, a los que alertaba de la instrumentación que pretendían hacer de ellos: «O se hace política en serio, y se deja el ejército, o si se continúa en éste debe abandonarse toda actividad política individual.» Tampoco dudó en comunicar lo que pensaba sobre la objeción de conciencia, tema en el que opiniones civiles y militares se habían enfrentado en los medios de comunicación social, por no hablar del controvertido tema de la amnistía a la UMD, al que nos referiremos en el capítulo dedicado a esta organización.

No tuvo tiempo de continuar en esta línea de comunicación en su recién estrenado cargo, pues a los pocos días de remitirlo a las unidades fue nombrado vicepresidente del Gobierno para Asuntos de la Defensa (26 de septiembre de 1976) y, posteriormente, ministro de Defensa (4 de junio de 1977). Sin embargo, convencido como estaba de

la bondad del procedimiento, lo mantuvo en 1977 y 1978 con el segundo y tercer Informe General, con un contenido más técnico de las reformas militares emprendidas en todos los campos, desde el operativo al logístico, y desde la política de personal a la de material y recursos, con una recopilación de datos de iniciativas legislativas aprobadas, o en trámite, cuya lectura casi treinta años después sorprende tanto por su extensión como por su profundidad.

Estos tres informes se pueden leer en el libro *Al servicio de la Corona. Palabras de un militar*, que publicó Ibérica Europea de Ediciones en 1981, en plena campaña de la prensa ultra y los silencios vergonzantes de algunos compañeros de armas que alimentaron una de las insidias que, me consta, más le irritaban: que el golpe del 23 de febrero tuvo su origen en el malestar militar que la política de ascensos y nombramientos de Gutiérrez Mellado y Rodríguez Sahagún producía en el ejército. Cualquier observador objetivo tenía claro el carácter ideológico del golpe contra la democracia, como lo ratificó la masiva manifestación que con el lema «En defensa de la democracia» se celebró en Madrid a las pocas fechas del golpe.

Llegado a este punto cabe hacer algunas reflexiones sobre la razón o los motivos por los que un militar con la aureola de prestigio profesional y humano que acompañaba a Gutiérrez Mellado en todos los destinos desempeñados fuera objeto de tanta campaña de descrédito, tanto en lo personal («liberal», «masón», «traidor», etcétera), como en lo profesional («azañista», «sin valor acreditado por no haber estado en el frente de batalla»...). Epítetos todos ellos que las hemerotecas guardan, y no sólo de la prensa ultra, sino también de la conservadora, que no dudaba en referirse a él como «Sr. Gutiérrez», con evidente objetivo de descalificarle como militar.

Algunas razones son lejanas a sus nombramientos como jefe del EMC y posteriormente como vicepresidente y ministro de Defensa. Fernando Puell, su biógrafo, las apunta en su libro<sup>5</sup> tras la «ardorosa defensa que hizo de Díez Alegría ante el presidente Arias. (Véase Anexo 15.) Además las ideas vertidas en las conferencias que en el

<sup>5</sup> *Op. cit.*, p. 158.

mes de marzo de 1974 había pronunciado en el CESEDEN y en la Escuela de Guerra Naval [...] se aprovecharon para colgarle el marchio de oportunista». Defenestrado Díez Alegría por el búnker político-militar, el peligro para el mantenimiento del régimen lo personalizaba su amigo y discípulo Gutiérrez Mellado. Por eso, a partir de esa fecha, lo que hacía o decía el general, o con quien se veía, era objeto de una atención desproporcionada que a Gutiérrez Mellado le sorprendía pues, desaparecido Díez Alegría, se dedicó a sus tareas militares en el AEM con la confianza plena de su nuevo jefe, Fernández-Vallespín. Y allí se mantuvo hasta que en 1975 su compañero de curso de Estado Mayor y ministro, Coloma Gallego, le destina a lo que él creía su último puesto militar: la Comandancia General de Ceuta, ignorando que el inesperado fallecimiento de un compañero teniente general le posibilitaría prolongar su vida activa y, con los vertiginosos acontecimientos que se suceden tras la muerte del general Franco y el posterior cese de Arias Navarro, verse inmerso en unas nuevas responsabilidades político-militares que no se esperaba (de hecho rechazó una oferta de Arias Navarro para ministro del Interior) y que asumió cuando entendió que era un acto de servicio más.

Otros autores, como Mario Hernández Sánchez-Barba<sup>6</sup>, sostienen que el error que en política militar cometió Gutiérrez Mellado fue superponer su reforma militar a la reforma política del presidente Suárez, pues era ésta y no aquélla la que suscitaba el rechazo de los militares. Cabe preguntarse ante esta afirmación si habría sido posible una reforma política sin una previa o simultánea reforma militar, y no en los campos técnico, operativo y funcional, aun siendo necesarias, sino fundamentalmente en el terreno institucional; es decir, el definir, a la altura del momento político que se vivía, el papel del elemento de fuerza del Estado, que no podía ser ni de tutela ni de oráculo.

Ya en 1969 un borrador de la Ley de Bases de la Defensa Nacional impulsado por el CESEDEN (que sólo pretendía independizar la di-

<sup>6</sup> *Historia social de las Fuerzas Armadas. La época contemporánea, op. cit.*, tomo VIII, p. 103.

rección de la política de defensa encomendada al presidente del Gobierno de su gestión administrativa, atribuida a una Secretaría General para Asuntos de Defensa, aun sin desaparecer los departamentos ministeriales) concitó tal oposición, especialmente de la Armada, que no salió a la luz hasta años después, con la nueva denominación de Ley Orgánica de la Defensa Nacional. Si ello sucedía con un cambio meramente orgánico/funcional, hay que imaginarse la alarma primero y la oposición después no sólo a la creación de un único Ministerio de Defensa. Pues éste, si bien ocupado en principio por un militar, muy bien podría (como sucedió) ser dirigido en el futuro por un civil. Más preocupación aún producían las manifestaciones de Gutiérrez Mellado en declaraciones, discursos y entrevistas en las que subrayaba el carácter apartidista de las FAS y su desvinculación del acontecer político que se desarrolla dentro del marco constitucional. Este posicionamiento del general era todo un torpedo a la línea de flotación del búnker político que confiaba en que las FAS fueran el garante de su continuidad al frente del régimen, y del búnker militar, que se consideraba albacea de la voluntad de Franco, quizás, entre otras cosas, porque no se habían tomado la molestia de leer su mensaje dirigido a los españoles.

Otra de las razones, aunque de menor entidad, que pueden ayudar a comprender el desencuentro con parte de las Fuerzas Armadas, especialmente con algunos altos mandos, hay que buscarla en el vicio español de la envidia. Que a un compañero que por su edad estaba llamado a acabar su vida militar como general de división, las circunstancias (y no su valía, según ellos) le hubieran aupado a la cúspide de la jerarquía, no todos lo aceptaron de buen grado. Si además su «gesto» en la noche del 23-F le hace entrar en la historia con el aprecio universal de la ciudadanía, este nefasto sentimiento de la envidia se acrecienta y se intenta ocultar con argumentos sacados de contexto o justificaciones que no lo son.

Tal fue el intento de querer responsabilizarle (en parte) de la supuesta ignorancia de los ministros militares de los propósitos del presidente Suárez a la hora de legalizar al PCE. A este respecto transcribo el testimonio del entonces teniente coronel Losada de Aymerich,

en aquel momento miembro del gabinete de Gutiérrez Mellado: «El Martes Santo de 1977, estando en el despacho del teniente general, recibí éste la llamada del presidente Suárez, quien le comunicó que tras el informe favorable de la Fiscalía General del Estado se produciría la legalización del PCE; que así se lo comunicara a los ministros militares y que les dijera que estaría en su despacho de Presidencia por si alguno quisiera hacerle alguna observación al respecto. El teniente general, en mi presencia, cumplimentó lo ordenado por el presidente.»

Sin embargo, he de decir que Gutiérrez Mellado contó con una amplia corriente de apoyo y solidaridad que se le manifestaba privadamente en cada ataque de que era objeto y, especialmente, en el caso Atares y tras el golpe del 23-F. Conservo las listas (me fueron entregadas por su familia, tras su muerte) de los que se le dirigían mediante cartas o telegramas, y superaban con creces la centena, entre generales (pocos), jefes, oficiales y suboficiales, a pesar de lo reacios que somos los militares a expresar nuestros sentimientos en cualquier circunstancia. Como contraste cabe añadir que sólo recibió una carta de un teniente general felicitándole por su gesto de gallardía en el 23-F.

El desafecto de la institución a Gutiérrez Mellado no sólo se mantuvo en vida, sino que continuó tras su muerte. La falta de reconocimiento del estamento militar a quien había salvado su honor con su gesto de valentía ante Tejero duró hasta 1994, año en que el Consejo Superior del Ejército, estando constituido por tenientes generales que en 1981 eran tenientes coroneles, propusiera al Ministro de Defensa su ascenso honorífico a capitán general. Habían transcurrido más de diez años del cese de sus responsabilidades públicas y el reconocimiento y aprecio a su persona era universal. El posterior homenaje de la AGM a un brillante ex alumno, al que ya nos hemos referido, cerró una herida abierta en los sentimientos del ya anciano Gutiérrez Mellado, que todo lo que hizo en su trayectoria lo realizó pensando que era lo mejor para España y para sus compañeros de armas. Y de ello doy fe.

Uno de los juicios más erróneos leídos sobre la actuación como

vicepresidente del Gobierno de Suárez es el que suscribe Javier Fernández López en su libro *El Rey y otros militares*:<sup>7</sup> «Su conducta, la total ausencia de experiencia de mando, y cierta aversión a un modelo muy estereotipado de militar, sólo dispuesto a guerrear y a recordar la Guerra Civil, le van a llevar a cometer graves errores.» Según el autor citado, uno de ellos fue la aprobación del Real Decreto Ley 10/1977, de 8 de febrero, que reguló el ejercicio de actividades políticas y sindicales para los componentes de las Fuerzas Armadas, pues ello —para el autor y una por lo menos de sus fuentes, el ex ministro Osorio damnificado por el Real Decreto Ley— «impedía cualquier dedicación política a los profesionales de la milicia precisamente en un momento en que todos los esfuerzos eran pocos para sacar adelante las reformas iniciadas». ¿Piensa el autor que todos los profesionales de la milicia que se hubieran dedicado a la política en esos años lo harían a favor de las reformas democráticas? ¿Ignora el autor el número de militares que se movían en la órbita de las organizaciones más *bunkerizadas* del régimen, como la Asamblea Nacional de Ex Combatientes, la Guardia de Franco, Fuerza Nueva, etcétera? Las abstenciones o votos negativos a las reformas que senadores y procuradores militares protagonizaron cuando se votó la Ley de la Reforma Política y la Constitución, ¿permitían presumir que habría muchos militares demócratas, a los que al parecer irritó el citado Real Decreto? La finalidad fue la contraria, impedir que los grupos ultras instrumentalizaran al ejército, acogiendo como militantes de sus organizaciones a los profesionales de la milicia. El real decreto no impidió a ningún militar el ejercicio político. De hecho el mismo Osorio, Julio Busquets y otros (pocos) lo siguieron haciendo. Lo que impidió fue el doble ejercicio, el militar y el político, y a la gran mayoría de los militares nos pareció oportuno y conveniente, y más en los momentos que se vivían.

Otro de los juicios sobre Gutiérrez Mellado que el autor parece asumir es el de la total ausencia de experiencia de mando, ignoran-

<sup>7</sup> *El Rey y otros militares*, Javier Fernández López, Editorial Trotta, Madrid, 1998, p. 103.

do no sólo que estuvo al mando de un regimiento de su arma, cosa que no todos los generales han tenido oportunidad de hacer, sino, lo que es más grave, que en los destinos de Estado Mayor no se manda, juicio erróneo porque se manda y —a veces— demasiado. Gutiérrez Mellado no sólo estuvo en destinos de información, sino también de operaciones en el EMC del ejército, y de organización militar, como la I División del Alto Estado Mayor, que mandó también. El sambenito que interesadamente se propagó de falta de experiencia de mando no lo comparte ninguno de los muchos subordinados que tuvo a lo largo de sus destinos, algunos de cuyos testimonios incluyo a continuación, pero tampoco lo pudo apreciar el autor de esta semblanza en el primer contacto que tuvo con el entonces coronel Gutiérrez Mellado, en las maniobras Almenara. Si en algo sobresalía en aquella ocasión el jefe del bando rojo era precisamente en cómo mandaba.

Veamos ahora algunos testimonios de personas que trataron a Gutiérrez Mellado:

El entonces teniente coronel Miguel Íñiguez del Moral, jefe accidental del Estado Mayor de las fuerzas del Sahara, tras una entrevista en el Alto Estado Mayor con el jefe de la I División del mismo, el general Gutiérrez Mellado, dejó escrito en su cuaderno de notas, referido a éste: «De nuevo el jefe que uno quería tener en momentos difíciles. Comprensivo, rápido para escoger el camino más acertado, el que lleva a tomar decisiones de gran responsabilidad.»

El teniente general Andrés Cassinello, que le conoció y trató con asiduidad, con motivo de la creación del CESID, cuando dirigía el SECED, afirmaba: «Conocí al entonces coronel Gutiérrez Mellado en la Operación Almenara, en la que yo formaba parte del centro de dirección. Me causó sensación comprobar el grado de conocimiento que tenía de la situación y propósitos del bando contrario, cualidad que he apreciado siempre en él en otras situaciones a lo largo de nuestro ejercicio profesional. Siempre tenía presente la situación en la que se movía, el margen de actuación de que disponía y las soluciones a adoptar, cualidades inherentes a cualquier liderazgo. Tenía obsesión porque las circunstancias que concurrieron en el levantamiento

del 18 de julio de 1936 y el posterior baño de sangre en las retaguardias no se repitieran. Tenía también muy clara la necesidad y el modelo del centro de inteligencia que el Estado democrático requería y, por ello, nada más ser nombrado vicepresidente y ministro creó el CESID, en 1977. Los ataques de los medios de comunicación ultras le amargaron sus últimos años de responsabilidad política tanto por la falsedad de los ataques personales a él referidos como por la crispación contra las reformas políticas que fomentaban en las unidades militares.»

El general de división Francisco López de Sepúlveda<sup>8</sup> se refiere a él y a Díez Alegría con estas palabras: «Los dos grandes “Manueles” coincidieron en inteligencia, realismo, sencillez y honestidad. No fueron en absoluto militares blandengues ni ambiciosos, sino enérgicos y obedientes siempre al poder legalmente constituido.»

El general Losada y Aymerich, integrante cuando era teniente coronel del Gabinete del vicepresidente, nos proporciona tres testimonios sobre Gutiérrez Mellado: «Toda su actuación, totalmente exenta de ambición personal, estuvo orientada por su profundo amor a España, su lealtad incommovible a SM el Rey y su convicción de que era preciso evitar un nuevo enfrentamiento entre españoles, siendo el único camino posible el emprendido por la Corona y marcado en la Constitución.»

Sobre el calificativo de «masón» con el que los ultras pretendían difamarle, el general Losada nos relata el siguiente hecho suficientemente ilustrativo: «Cuando se nos comunicó el hallazgo del cadáver del empresario vasco, Sr. Ibarra, el gabinete estaba reunido, convocado por el vicepresidente. Inmediatamente éste suspendió un momento las deliberaciones pidiendo que le acompañaran todos en el rezo de un Padrenuestro que él mismo dirigió. Esto sólo lo hace alguien con un profundo sentido religioso y una sólida fe en Dios.»

En cuanto a la campaña por empañar su hoja de servicios militar por no haber estado en el frente de batalla, nos cuenta lo oído a su pa-

<sup>8</sup> «Díez Alegría y Gutiérrez Mellado», Francisco López de Sepúlveda, *La Vanguardia*, 19 de diciembre de 1995.

dre, que de 1937 a 1939 fuera jefe de Estado Mayor de la División 14, mandada por el general Corroquino, que tenía su cuartel general en Griñón: «Al cuartel general llegó en más de una ocasión el entonces teniente Gutiérrez Mellado, que estaba realizando una gran labor proporcionándonos información y pasando a personas amenazadas de muerte en zona republicana y salvándoles la vida con riesgo de la suya y gran valor.»

El teniente general Ángel Lobo García, miembro del equipo militar que presidía el general Gutiérrez Mellado en la comisión española que debatió en 1975 la renovación de los Pactos de Mutua Ayuda con Estados Unidos, recuerda así al general: «Tuve la fortuna de trabajar con el general Gutiérrez Mellado largo tiempo a partir del año 1972. Entonces era yo capitán y él general de división, secretario general del AEM (que dirigía el teniente general Díez Alegría). Viajé con él bastante en relaciones internacionales. Le conocía bien. Modestia y honestidad extrema. Perspicaz inteligencia (soy testigo de que importantes embajadores, Nuño Aguirre de Cárcer, Juan José Rovira..., valoraban mucho sus aportaciones). Infatigable en el trabajo. Vehemente en defensa de sus principios, arraigados principios como militar y como católico. Se le pidió su contribución a la Transición política en lo militar y, aunque la política no era lo suyo, su contribución fue esencial. En esa época tuvo detractores militares, pero en general —con alguna excepción que confirma la regla— estos detractores no habían trabajado directamente con él. Los que sí lo habíamos hecho le admiramos, como tantos otros españoles, y le apreciamos grandemente.»

Todas estas opiniones de profesionales de la milicia que trataron y conocieron al general Gutiérrez Mellado en distintas circunstancias no son, como se ve, en absoluto coincidentes con las opiniones que avalan la tesis que sostiene en su libro Javier Fernández López ni tampoco las que entre líneas deja traslucir el libro de Miguel Platón<sup>9</sup>, que, por confundir, hasta equivoca el destino de Gutiérrez Mellado en el Alto Estado Mayor, pues le ubica en la III División, la de Información, cuando la División que mandó fue la I, la Militar.

<sup>9</sup> Miguel Platón, *op. cit.*, p. 410.



No quiero terminar este capítulo sin referirme a algunos testimonios vividos en mi relación con el general. Siempre pretendió que sus decisiones fueran lo menos perjudiciales para sus compañeros de armas como, por ejemplo, el impulso al necesario rejuvenecimiento de los cuadros de mando compensado por la Ley de la Reserva Activa, para minimizar en lo posible los perjuicios económicos que ocasionaba. Su preocupación por los aspectos sociales del personal militar era grande, conocedor como era de la penuria y estrechez en que se le mantuvo tantos años.

Respecto a la política de personal que siguió, en principio quiso contar con todos sus compañeros, confiando en que la disciplina cauterizara las discrepancias que produjeran las medidas reformistas, pero no tardó en comprobar que el rechazo era ideológico y no profesional. Recuerdo que cuando en nuestras conversaciones le manifestaba mi incompreensión por algunos nombramientos que yo consideraba improcedentes, me decía: «Javier, tengo que jugar con las cartas de la baraja que tengo en la mesa, pues no hay otra.» Y no quería, ni podía, romper la baraja.

Su iniciativa de peregrinar por los cuarteles para explicar la Constitución debe entenderse en el hecho de la campaña en contra de la ley de leyes con que la prensa ultra inundaba los cuarteles, el voto abstencionista o negativo de varios diputados y senadores militares, y el mayoritario apoyo de la ciudadanía a la misma. Afirmar, como hacen algunos autores, inspirados en ambientes o personal militares, que esa explicación ante auditorios castrenses era favorecer las opiniones políticas del partido en el gobierno, es desconocer la realidad vigente en aquellos años.

Para finalizar, nada mejor que el testimonio del general Faura Martín, cuando, refiriéndose a Gutiérrez Mellado escribe:<sup>10</sup> «En su actividad posterior, militar y política, puso de relieve una condición personal de rasgos extraordinarios, expresados en dos vertientes: la primera de ellas, la intensa labor diaria, la aplicación cotidiana y difícil de lo que él entendió que era lo mejor para la patria a la que ser-

vía. En circunstancias muchas veces ingratas, en la incompreensión y la ceguera de otros, puso a prueba su entereza, su valor y su extraordinaria personalidad de militar y de caballero.» En la segunda, se refiere a su valentía y serenidad ante el peligro en su conocida actitud en la noche del 23-F.

### Gutiérrez Mellado y la sociedad civil

Fernando Puell de la Villa, su biógrafo, en su libro describe perfectamente la paradoja: «La mañana del primer día de otoño de 1976 (fecha de su nombramiento como vicepresidente), Gutiérrez Mellado era muy probablemente el general con mayor prestigio profesional en el ejército; querido por todos, absolutamente todos los jefes y oficiales que, en sus diversos destinos, habían trabajado con él; admirado por los muchos más que le conocían de referencia, y respetado por el resto de sus compañeros de armas. Era, también, un personaje poco conocido para la opinión pública, excepto en círculos restringidos del mundillo político. Un año después se había transformado en la bestia negra del ejército. La campaña tenaz y persistente de difamación, dirigida por la prensa ultraderechista, fue calando en la colectividad castrense, y aún hoy en día una importante proporción de militares que vivieron la Transición se muestra al menos reticente a la hora de enjuiciar su actuación. Simultáneamente, la inmensa mayoría del pueblo español fue aprendiendo a quererle y respetarle, y todavía le recuerda con afecto.» El subrayado es nuestro.

El eco favorable que sus manifestaciones públicas en declaraciones y entrevistas tenían en la sociedad civil contrastaba con las crecientes críticas que las mismas suscitaban en los ambientes militares. En las hemerotecas se encuentran testimonios sobrados de cuál era la opinión de la ciudadanía en tres momentos singulares de la vida pública de Gutiérrez Mellado: su nombramiento como jefe del EMC e inmediatamente como vicepresidente para Asuntos de Defensa; su gesto del 23-F; y su muerte en diciembre de 1995. Ningún otro mi-

<sup>10</sup> *Revista Española de Defensa*, nº 95, enero de 1996, p. 13.

litar, en tan corto período de tiempo, sólo cinco años de ejercicio político-militar, dejó huella de afecto y reconocimiento tan hondo.

La razón de este sentimiento está en que, como señalaba la *Revista Española de Defensa*<sup>11</sup> en las páginas monográficas dedicadas a él con motivo de su muerte, «ninguna persona ha representado como él la unión entre Fuerzas Armadas y democracia, dos ideas que aparecen invariablemente repetidas en todos los emotivos recuerdos que sucedieron a su fallecimiento».

Su apuesta decidida y explícita por la democracia fue captada por el pueblo español, y de ello he podido ser testigo en varios momentos, quizás el más emotivo en su velatorio en el Cuartel General del Ejército, en el que una señora se acercó con sus dos hijos de corta edad, porque quería —me dijo— «que sus hijos se despidieran del militar que había salvado la democracia para ellos». Creo que ese testimonio lo dejó escrito en los libros de pésame que llenaron con sus condolencias cientos de ciudadanos madrileños durante la noche.

El homenaje que le rindieron unos treinta y cinco artistas plásticos de la zona catalana donde veraneaba, con la entrega de una obra de cada uno de ellos, no fue sino anticipo del homenaje póstumo que le rindieron los mejores humoristas gráficos de los medios escritos, como Mingote, Forges, Peridis, Máximo, etcétera, y que conforman toda una antología de lo que para el pueblo español representaba la persona y la obra de Gutiérrez Mellado. Desde el «Todo por la Democracia» sobre la tumba de Gutiérrez Mellado, con la corona de flores dedicada por «los españoles» que dibujó Máximo<sup>12</sup>, hasta el magnífico dibujo de Forges<sup>13</sup>, con un Gutiérrez Mellado camino de la otra vida despidiéndose de los españoles con un «y sobre todo no os regañéis», y dos Blasillos (españoles) que con lágrimas en los ojos le contestan: «Descuide, don Manuel.»

De esta consideración de la sociedad civil hacia Gutiérrez Mellado he sido testigo de excepción en los últimos años de su vida, cuando

su aparición en cualquier lugar público acarrea un sinfín de acercamientos para saludarle, darle las gracias o presentarle a sus hijos o conocidos. Prácticamente pasear con él era imposible y no sólo —por cierto— por parte de españoles, sino también por extranjeros. Recuerdo que en un conocido restaurante de Madrid, donde estábamos comiendo en 1990, vino a saludarle primero un taxista que acababa de traer unos clientes y se enteró de su presencia en el local; posteriormente, Santiago Carrillo, que estaba en otra mesa; a continuación, la señora que cuidaba los lavabos; y, finalmente, varios turistas iberoamericanos que se encontraban comiendo en el local. Y parecidas escenas las viví con el general en varias otras ocasiones y en distintos lugares de nuestro país.

Precisamente este aprecio de la sociedad civil le sirvió de apoyo para la obra a la que dedicó sus últimos diez años de vida, la Fundación de Ayuda Contra la Drogadicción, en cuya gestión y desarrollo le acompañé hasta su muerte, pocas horas después de asistir a un consejo general del Patronato de la misma, presidido por SM la reina doña Sofía.

La preocupación por la juventud y la realidad del drama personal, familiar y social que acarrea la plaga de la drogadicción que prendió en la juventud española, con especial virulencia a principios de los años ochenta, le hizo reaccionar dedicando a luchar contra ella las ya mermadas fuerzas que tenía.

Consciente de la complejidad de un tema que en aquellos tiempos no tenía otra respuesta que la represión policial y judicial, se reunió con familiares afectados y con técnicos en la materia de toda España para concluir que una plaga que amenazaba de tal modo a toda la sociedad debía tener una respuesta de la misma sociedad afectada. Por ello creó la Fundación de Ayuda Contra la Drogadicción, tras cerca de dos años de peregrinaje en busca de una financiación que no quería que fuera oficial, sino civil. Un grupo de seis empresarios y la Caja de Ahorros de Madrid fueron sensibles a sus ardorosos argumentos y con su ayuda financiera se lanzó con todo su entusiasmo a una tarea a la que dedicó, junto al Consejo de Estado, las últimas fuerzas que le quedaban. Sus denodados esfuerzos le permitieron a lo largo de los años ganar para esta causa a las principales empresas y

<sup>11</sup> *Revista Española de Defensa*, n.º 95, enero de 1996, p. 12.

<sup>12</sup> Máximo en *El País*, 16 de diciembre de 1995.

<sup>13</sup> Forges en *El País*, 16 de diciembre de 1995.

bancos del país, así como a la totalidad de los medios de comunicación, que sufragan gratuitamente sus campañas anuales de prevención. Consciente de la falta de especialistas sobre un tema en el que confluyen no sólo aspectos sanitarios o policiales, sino también económicos y jurídicos, impulsó convenios con la mayoría de las universidades de España para la implantación de cursos de técnicos y especialistas en este complejo fenómeno. Asimismo, con campañas de movilización social, interesó a jóvenes, deportistas y artistas a implicarse en la lucha que sostenía la fundación. Esta labor ingente, desconocida para muchos, fue reconocida por el Gobierno, ya fallecido el general, con la concesión a título póstumo, de la Medalla de Oro del Plan Nacional Contra la Droga.

La sociedad civil reconoció su labor por la democracia cuando abandonó el Gobierno, y los homenajes de todo tipo se fueron sucediendo con los años, aunque al gran homenaje nacional que se le debía y que quisieron organizarle el ex presidente Adolfo Suárez y Rodríguez Sahagún se opuso el propio Gutiérrez Mellado, consciente como era del distanciamiento que de su persona y tarea marcaba el nuevo Gobierno de Calvo Sotelo y de la animosidad que continuaba existiendo en diversos sectores de las Fuerzas Armadas. No quería —lo afirmó así en algunas de las muchas entrevistas que le hicieron— que el homenaje previsto sirviera como factor de división para los españoles, especialmente en el seno de sus compañeros de armas.

Como es desafortunada costumbre en España, muchos de estos homenajes fueron a título póstumo y los hubo de recoger su viuda, entre ellos la citada Medalla de Oro y también la de Hijo Predilecto de Madrid, si bien es verdad que él rechazó en vida cualquier homenaje que se le pretendía hacer, como el que los periodistas del Congreso quisieron ofrecerle y que él convirtió en una «sencilla comida de unos amigos que han pasado juntos un susto».

Conociéndole como le conocía, estoy seguro de que uno de los homenajes que más le habría satisfecho fue el que le rindió el Parlamento de Cataluña, reunido para la sesión de investidura de Jordi Pujol (1996), en la que el presidente de la Cámara, Joan Raventós, le calificó de «hombre capital en la Transición política española y en la

transformación de las Fuerzas Armadas». En Cataluña vivió períodos de descanso entre el aprecio y el afecto de sus gentes. «Los catalanes serán muy nacionalistas, pero son muy españoles. Tengo debilidad por Cataluña», comentario que recoge Fernando Puell de la Villa.<sup>14</sup>

Sensible a los sentimientos de los ciudadanos del reino, Su Majestad el Rey premió sus extraordinarios servicios a España y a la Corona con el título de marqués de Gutiérrez Mellado, que recibió con emocionado agradecimiento en octubre de 1994.

### Gutiérrez Mellado y la reforma militar

Empleo el término reforma aun conociendo que al general no le agradaba y que prefería darle el nombre de «actualización», más acorde con sus propósitos. «Hablar de *reforma* puede indicar que todo está mal y no es cierto —me dijo en alguna ocasión—; lo que hay que hacer es *adecuar* a las Fuerzas Armadas a una realidad política y social distinta a la que han vivido estos últimos cuarenta años.»

Y a ello se dedicó con la fe y el entusiasmo de quien creía firmemente en lo que estaba haciendo, porque, como lo definió Alberto Oliart, ex ministro de Defensa<sup>15</sup> era un «hombre de visión moderna, mentalidad amplia y generosa [...] conocedor profundo de los temas militares en el mundo moderno [...] experto, quizás como ninguno en aquellos momentos». El acierto de Gutiérrez Mellado en las decisiones que adoptó en sus dos años de ministro de Defensa, lo reconocen sus propios sucesores, todos ellos civiles y pertenecientes a diferentes ideologías políticas, al afirmar que, sin las medidas adoptadas por el general —entre ellas la creación de un único Ministerio de Defensa y la separación de la cadena de mando operativo de la línea política y de administración de recursos—, su posterior tarea de modernización de las Fuerzas Armadas habría sido más difícil.

<sup>14</sup> *Op. cit.*, p. 215.

<sup>15</sup> «El general Gutiérrez Mellado», Alberto Oliart, *El País*, 16 de diciembre de 1995.

Lo que sí cabe preguntarse es por qué unas reformas favorables para la institución y para el país y necesarias para el mejor funcionamiento de las Fuerzas Armadas y su futura y conveniente integración en organizaciones militares supranacionales tuvieron en los ámbitos ultras tamaña oposición, que se trasladó a los cuarteles por la facilidad y complicidad con las que sus órganos de opinión circulaban por las salas de banderas. Esto nos lo preguntábamos, sin encontrar respuestas razonables, los no muchos militares que, formando parte de sus equipos de trabajo o fuera de ellos, compartíamos las ideas y proyectos del capitán general.

Las medidas que suscitaron mayores campañas en contra tuvieron más matiz ideológico que profesional:

— La actualización de las Ordenanzas de Carlos III, cuyo articulado, en su mayor parte, estaba obsoleto. El trabajo meritorio que realizó la comisión amplia que afrontó el reto, bajo la presidencia del general Galinsoga, respetó escrupulosamente el espíritu de norma ética para los componentes de las Fuerzas Armadas, actualizó el lenguaje y redactó *ex novo* aquellos artículos que demandaban las nuevas realidades, no existentes en tiempos de Carlos III. El Gobierno y el Parlamento valoraron la importancia de esta actualización concediendo el carácter de Ley Orgánica a las nuevas ordenanzas, que recibieron el sobrenombre de Juan Carlos I. Pasados los años, la única voz discordante es la de una Asociación de Militares en la Reserva que las critica por negar el derecho de asociación sindical a los militares, pero nadie discute la validez de regla moral del ejercicio profesional de los militares que siguen teniendo.

— La supresión del Desfile de la Victoria y su sustitución por el Día de las Fuerzas Armadas, más acorde en su enfoque con la realidad política y los deseos de un Rey que quería serlo «de todos los españoles». Como decía el general Gutiérrez Mellado: «Había que hablar más de Paz y Reconciliación que de Victoria», y la imagen de las FAS no podía estar permanentemente asociada a una victoria en enfrentamiento fratricida. Su idea de realizarlo cada año en una capital distinta para unir a toda España en torno a las Fuerzas Armadas tuvo

el estrambote de que no pudo asistir al celebrado, y con gran éxito además, en Barcelona en 1981, por no haber sido invitado, él, que era el inspirador de la idea.

— La política de ascensos y nombramientos en el ámbito militar, que como hemos reiterado no tuvo otra finalidad que colocar en puestos clave a personas de las que constaba su aceptación de la Constitución y de la línea política del Gobierno democrático. El que el general Miláns no estuviera al frente de la Capitanía General de la primera región militar; que el general Torres Rojas estuviera en La Coruña y no al frente de la División Acorazada; y que se le diera al general Aramburu la Dirección General de la Guardia Civil, siendo general de división, y no a cualquiera de los tenientes generales que aspiraban al puesto, dieron motivos de queja verbal y escrita en los ámbitos militares, pero tuvieron una importancia casi decisiva en los acontecimientos que se sucedieron en torno al 23 de febrero de 1981. Quienes hemos tenido responsabilidades en el campo de la política y gestión de personal sabemos lo difícil que es contentar a todos tanto en ascensos como en destinos. Siempre hay una minoría de agraviados que se considera con mayores méritos que los elegidos o designados. Siempre ha ocurrido así, pero en el caso que nos ocupa la discrepancia estaba teñida de ideología.

Sobre la reforma militar iniciada por el general Gutiérrez Mellado no me voy a detener, pues hay bibliografía suficientemente reconocida al respecto, y la *Revista Española de Defensa* la trata en los números 53 y 54 de julio y agosto de 1992, en un documento monográfico bajo el título «Quince años del Ministerio de Defensa», en el que escriben Alberto Oliart, Rodríguez Sahagún, Narcís Serra, García Vargas y el historiador y militar Ramón Salas Larrazábal. También se incluye una entrevista con el propio Gutiérrez Mellado.

En otro número de la citada revista, el 95, de enero de 1996, quien fuera miembro de su gabinete, el teniente general Íñiguez, firma un completo análisis de «La reforma militar del teniente general Gutiérrez Mellado» (así es el título del artículo). Constituye un detallado relato del contenido legislativo y funcional de esta reforma, al

que poco hay que apostillar. Sí quiero, para finalizar esta semblanza, transmitir dos de sus párrafos que resumen lo que quizás yo no he acertado a expresar a lo largo de estas páginas.

Respecto a la reforma militar: «Ingente obra llevada a cabo con inteligencia, rigor, firmeza y decisión por el teniente general Gutiérrez Mellado, en la que se tuvieron en cuenta viejas aspiraciones de los ejércitos, las situaciones políticas y económicas por las que atravesaba España, legislación comparada [...] y, sobre todo, que con ello se pretendía garantizar algo tan importante como la libertad de acción del Estado y el pleno ejercicio de la soberanía nacional.»

Y con las mismas palabras del teniente general Íñiguez del Moral: «Termino no sin antes rendir un tributo de respeto y consideración a la figura del teniente general Gutiérrez Mellado. Respeto y consideración por su honradez humana y profesional; por su lealtad a su patria, a la Corona y a las Fuerzas Armadas, a las que dignificó con su ejemplar comportamiento el 23-F (“Hice lo que me enseñaron en la academia”), defendiendo a la vez, con riesgo de su propia vida, la libertad democrática de los españoles y el buen nombre de aquéllas, por su capacidad de sacrificio, admirable entereza y abnegación —virtudes esenciales en el militar— ante ciertas incomprendiones y ataques que recibí (algunos muy duros), producto más bien —así lo pensé siempre— del desconocimiento de su profunda personalidad donde brilló con luz propia su gran sentido de la humildad, de la sencillez y de la modestia.»

Y es que el capitán general don Manuel Gutiérrez Mellado era bastante más que un *soldado*: era, en el sentido machadiano del término, *un hombre bueno*. O un «regalo de la providencia», como le definió el historiador Carlos Seco Serrano como «homenaje póstumo». (Véase Anexo 16.)